

Reflexiones sobre el lenguaje, la comunicación y el pensamiento

Oscar Johansen Bertoglio

Reflexión: *Metáfora*. Nueva y detenida consideración de una idea.
Filosofía. Estado del alma que tiene por objeto generalizar las ideas.
La reflexión es el agente espiritual de la síntesis.

Resumen

75

Muchos de los seres vivos desarrollan su existencia dentro de un sistema social, el que, como sistema, se caracteriza por la relación de interdependencia que existe entre los seres vivos que lo conforman. Esto se traduce en que cada uno de ellos requiere del resto y a su vez ese resto también necesita de ese uno. Pero, para que tal relación suceda, necesariamente deben comunicarse de alguna forma entre ellos, para lo cual utilizan un lenguaje en común. Este se presenta de las formas más variadas, dependiendo del grado de complejidad del ser vivo: desde los olores y la química, como sucede en el caso de los insectos, pasando por los gestos y los gruñidos en los mamíferos, hasta llegar al lenguaje, propio del ser humano.

* Ingeniero Comercial, Universidad de Chile; MBA Columbia University. Profesor Titular Universidad de Chile. Rector UCINF.

Pero, además de las comunicaciones, en el caso particular del hombre, el lenguaje también constituye su instrumento para pensar, divagar, meditar y reflexionar. Gracias a él, se ha diferenciado notablemente de sus parientes mamíferos, lo que se manifiesta en la evolución cultural, fruto del desarrollo de su pensamiento. Una evolución que a mi entender, se alza como el mayor y más notable monumento construido por el ser humano.

De ahí la importancia del lenguaje para el hombre en particular. A continuación, el presente artículo presenta una reflexión acerca del estado actual del lenguaje, de modo de reconocer sus gracias y también sus desgracias. Todo ello con el objeto de aumentar esas ventajas y disminuir sus desventajas.

1. LA COMUNICACIÓN

Cuando se discute acerca de la comunicación hay que tener cuidado. Hace cuarenta y cinco años escribí mi tesis para recibirme de ingeniero comercial y esta trataba de las comunicaciones y las decisiones. En esa oportunidad descubrí que el concepto de comunicación tenía varias versiones incompatibles entre sí, y la que entonces presentaba era una de las tantas que, por supuesto, tenía detractores. Todo ello no ha cambiado en la actualidad, de la misma forma en que yo no he cambiado mi versión. Para algunos, esta ya se encuentra obsoleta y pasada de moda. Desde el punto de vista de la ciencia,

esta situación es bastante extraña. Cuando aparece una nueva teoría sobre un determinado fenómeno que muestra ser superior a la existente porque lo explica mejor, simplemente se posesiona del campo que poseía la anterior. Sin embargo, en el caso de la comunicación, ello no sucede, porque a mi juicio esa que entonces defendía, no ha perdido su utilidad y, por tanto, su vigencia.

Sin embargo, como indica el título de este artículo, el tema central de este trabajo versa sobre el lenguaje y, por esta razón, no es mi propósito entrar a debatir y criticar las diversas versiones acerca de la comunicación. Pero, por otra parte, dado que el lenguaje

se encuentra estrechamente ligado a la comunicación, me es imposible eludirla. Es por esto que me encuentro obligado a conceptualizar acerca de lo que estoy hablando. En este sentido, debo declarar que el concepto de comunicación en que me basaré corresponde al que siempre he sostenido. Trataré, en forma breve, de discutir por qué creo que este es el que tiene mayor correspondencia con el lenguaje.

A mi juicio existe una diferencia importante en el hecho de "comunicar y comunicarse". Todos comunicamos algo: lo hacen los hombres y los animales. Basta nuestra presencia física en una reunión para que suceda. Cada uno de los presentes traducirán nuestras acciones como un mensaje particular. La forma en que vestimos puede decirles algo, un gesto, una mirada, una sonrisa o un comentario. Todos los que están presentes, buscarán entre ellos y el entorno un mensaje, un significado. En mucho de estos casos, el emisor de esos mensajes no tiene idea de lo que está comunicando. En otras palabras, actúa de una forma bastante pasiva, porque son los receptores quienes están atentos a las eventuales señales, y son estos mismos quienes las traducen a sus ganas

y gustos. Todos hemos experimentado alguna vez situaciones como la descrita, tanto como emisores o receptores.

Diferente es la situación cuando uno *se* comunica. En este caso, la persona de una manera consciente emite un mensaje que lo dirige a una u otras personas. Ese mensaje busca un propósito, es decir, posee un objetivo, y la pretensión del emisor es que el receptor al cual va dirigido ese mensaje o comunicación cumpla con ese objetivo. Así, mientras en el comunicar no existe un propósito, al menos consciente, en el comunicarse sí que ello está presente, de manera consciente. Si la persona que asiste a esa fiesta va vestido diferente al resto y lo hace de una manera premeditada con el objetivo de mostrar así su importancia, ese individuo no comunica, sino que se está comunicando o, por lo menos, intenta hacerlo.

De esta forma, cuando aquí hablamos de comunicación estamos señalando la acción que emprende un individuo con el propósito de entregar un mensaje a través del cual busca que el receptor, a quien va dirigido, actúe de acuerdo con lo que le pide a través de ese mensaje. Si quien lee esto

considera que no es comunicación, puede llamarlo, si desea, comunicación efectiva, eficiente o persuasiva, si ello le satisface... Claro que si acepta esta sugerencia, ello significaría que me he comunicado con él.

Bajo este punto de vista, el acto de comunicar consiste en indicarle algo a alguien. Esa señal contenida en la indicación puede consistir en una orden, una súplica, un hecho, una llamada de atención, un consuelo, etc. En otras palabras, es un mensaje que encierra un objetivo concreto y que está dirigido a un receptor ya individualizado. De ello, podemos derivar que se ha logrado la comunicación cuando aquel a la cual esta es dirigida, actúa de acuerdo con el objetivo que persigue el mensaje. Es decir, cumple con lo que el comunicador pretende con él.

Para que así suceda, es necesario que el receptor, lleve a cabo dos operaciones sucesivas: debe entender el contenido del mensaje, es decir, tiene que traducirlo de modo de comprender lo que le pide el comunicador; y, debe cumplir con el objetivo que espera aquel que se lo envía (el emisor), comprendido en el mensaje. Si es una orden, debe cumplirla; si es

una petición, debe conceder lo que se le pide; si es un consuelo, debe dar muestras que así lo recibe. En este sentido, la traducción adecuada del mensaje es vital para el éxito de la comunicación, al tiempo que la forma o manera de plasmar el mensaje por parte del comunicador o emisor tendrá directa relación o implicancia con la reacción del receptor o comunicado y, por lo tanto, con la conducta que este adopte a partir de ese momento.

Nuestro propósito aquí es concentrarnos en el primer requisito que debe cumplir el comunicador (emisor), es decir, acerca de la correcta formulación de lo que solicita a la persona a la cual se dirige. En este sentido debemos señalar que quien comunica, carga con el peso y la responsabilidad del éxito de lo que comunica. Después de todo, es él el interesado en que su objetivo se cumpla.

Habitualmente, el mensaje que es transmitido desde una fuente hacia un receptor se encuentra expresado de acuerdo con un código, el que normalmente corresponde a un idioma en común. Esto sucede tanto cuando el mensaje es escrito, como puede ser una carta o un e-mail, o

verbal, cuando el medio utilizado es oral. Por supuesto que también puede estar impreso en un gesto o en otra señal similar. Sin embargo, el uso de ese medio exige condiciones muy particulares y, por lo tanto, menos comunes. Por estas razones, los marginamos de esta discusión.

A su vez, el idioma se encuentra constituido por palabras y cada una de ellas evoca en la mente de la persona un conjunto complejo de asociaciones, lo que se conoce como el campo asociativo de la palabra. Cada una de las palabras encierra un concepto particular, el cual debe ser compartido por todos aquellos que hablan esa lengua. En este sentido, el lenguaje se constituye en un gran acuerdo entre las personas que lo usan, acuerdo que consiste en la aceptación del significado concreto que se le entrega a cada uno de esos vocablos.

De esta forma, cuando estando en un café yo pido un express a la persona que me atiende, manifiesto un deseo con la intención de que el camarero lo entienda, porque asumo que la palabra express encierra una idea común a ambos. Cuando él me responde con un gesto que traduzco como un asentimiento, me quedo conforme,

pues creo haberme comunicado. Es el idioma común a ambos el que ha hecho posible la comunicación. Aparentemente, esta exigencia resulta ser tan obvia que quizá no deberíamos señalarla. Sin embargo, en la práctica se constituye en una de las barreras más importantes que atentan contra la comunicación. Nótese que no hablo de una buena comunicación, ya que, a mi juicio, el resultado de esta es dicotómico: simplemente hay comunicación o no hay. No existen intermedios, ya que si el receptor sólo entiende a medias, necesariamente debo comunicarme nuevamente y ese hecho está indicando claramente que el primer intento ha fracasado.

Sintetizando lo dicho hasta aquí, podemos afirmar que en nuestras comunicaciones debemos utilizar las palabras de una manera tal, que aquellos a los cuales van dirigidas entiendan exactamente lo que uno quiere decirles con ellas. Si eso no sucede, nuestros intentos comunicacionales han fracasado. Como ya he señalado antes, es cierto que la coincidencia de los contenidos del mensaje es una condición necesaria para la comunicación, pero no es suficiente para establecer una comunicación.

En el ejemplo anterior, cuando le pido el café al camarero, este puede entender perfectamente bien lo que deseo; no obstante, puede decidir no servírmelo, porque la última vez que lo hizo no le dejé propina. A pesar de haber comprendido el mensaje, no cumplió con él y ahí me quedé esperando.

Definitivamente mi esfuerzo comunicacional no dio el efecto esperado. No logré comunicarme con él. En otras palabras, el sólo hecho de que mi interlocutor comprenda lo que le digo no es suficiente. Con esto, estoy señalando que también existen otras barreras que se deben superar para que se dé la comunicación. Sin embargo, creo que la comprensión del mensaje, para lo cual utilizamos el lenguaje, juega un papel determinante. Si el receptor no entiende lo que le digo, es allí donde termina mi intento comunicacional. De esta forma se constituye en la barrera más importante y, a la vez, más común. Es precisamente en ella que nos concentraremos.

Como se puede observar, he utilizado aquí la palabra lenguaje e idioma como si fueran sinónimos, cosa que no es estrictamente cierta. En verdad, y según Barcia (1879), el lenguaje corresponde al conjunto de signos

(palabras) y es el instrumento por el cual comunicamos nuestras ideas. Sus buenas calidades son la pureza, la propiedad y la elegancia. En cambio, el idioma es el arte que nos guía y sus propiedades son la exactitud, la precisión, la riqueza y, también, la elegancia. En concreto, el lenguaje no es sino la práctica del idioma. Sin embargo, siendo esto cierto, dado el carácter de nuestra discusión, he optado por dejar de lado esas diferencias y tratar como sinónimos ambos términos.

2. EL PROBLEMA CON LAS PALABRAS

Un profesor debe saber lo que enseña y, además, debe saber entregarlo a sus estudiantes. Para esta última tarea requiere ser un buen comunicador. En mi caso particular, no sé si seré un buen comunicador, ya que tal calificativo es algo subjetivo, pues depende de la opinión de los alumnos. Pero si sé, sin dudas, que soy un profesor, ya que el ser profesor es un título, es decir, es algo objetivo. Por esta razón he recurrido a mi experiencia para ilustrar algunos de los problemas que me ha tocado enfrentar al tratar de comunicar a mis estudiantes las materias propias de mi labor docente. Tales

dificultades aluden esencialmente al uso de las palabras, pese a que tanto ellos como yo hablamos y pensamos en un idioma en común.

Poco tiempo atrás dictaba un seminario acerca de las organizaciones sociales. Señalaba que estos sistemas sufren las consecuencias de la entropía, es decir, de la tendencia de todo sistema a avanzar hacia el caos y el desorden total. Definía el caos como el estado final que alcanza el sistema, en el cual pierde completamente su organización, vale decir, todas aquellas características que lo diferencian y los distinguen del resto de los sistemas del medio en que existe. En este sentido basaba mi mensaje en la definición de orden y desorden establecida por los físicos, especificando así que estos le daban al caos un sentido bastante particular y que, eventualmente, podía diferir en alguna medida de la acepción oficial del idioma.

Dada esta definición particular del concepto de entropía, seguí adelante discutiendo y ejemplificando este fenómeno, concluyendo que el caos se caracterizaba cuando todo era igual a todo, es decir, un mundo indiferenciado que podía interpretarse finalmente como la nada. Todo transcurría apa-

rentemente sin problemas mayores para los participantes. Tal indicio parecía señalar que, efectivamente, me estaba comunicando con ellos. Sin embargo, en un momento dado, uno de ellos me interrumpió para indicarme que no entendía mi argumento, lo cual significaba que con este alumno no me estaba comunicando. Intenté explicarle brevemente lo que intentaba comunicar, pero de nada sirvió, ya que mantuvo su desacuerdo. Finalmente, pude comprender la causa de esa incomunicación, cuando me indicó que lo que yo identificaba como desorden, él lo consideraba como orden. De esta forma, cuando yo hablaba de desorden total, para él eso representaba un orden total o absoluto.

De acuerdo con los argumentos que él expuso para sostener su afirmación, pronto quedó en evidencia que mientras yo hablaba del concepto de orden de la física, como ya lo había señalado de manera explícita, él lo hacía desde un punto de vista estético. En el intertanto, el resto de los participantes comenzaba a manifestar su impaciencia, por el hecho de considerar que tal discusión, para ellos innecesaria, impedía el avance de las materias contenidas en el programa

del curso. En concreto, deseaban que dejara de lado la posición de rebeldía de su compañero. Comenzaba así a surgir el desorden en nuestro sistema social, del cual yo era responsable y, por ello, di por concluida la discusión.

Mi sospecha, en este caso, no era que ese estudiante no entendiera lo que yo planteaba, sino que simplemente deseaba destacarse del resto de sus compañeros, objetando mis observaciones y, de esta forma, comunicar, dar a conocer sus ideas originales, vieran o no al caso. Entendía perfectamente bien lo que yo decía, pero no lo aceptaba: estaba en desacuerdo con el concepto de entropía definido por los físicos.

No cabe dudas de que cada uno de nosotros es completamente libre para definir las palabras como le plazcan. Nadie nos puede impedir que denominemos silla al lugar que habitualmente utilizamos para comer, y por mesa, al objeto que nos permite sentarnos. Sin embargo, si así actuamos, debemos reconocer que nuestras comunicaciones con los otros pueden convertirse en procesos bastante difíciles y, por ello, altamente ineficientes. Dicha situación puede llegar

a incomunicarnos del resto y, a partir de ese punto, aislarnos del mundo que nos rodea. ¿Qué me sucedería si, buscando donde sentarme para almorzar en un restaurante, me acercara a un grupo vecino y les solicitara que me cedan una mesa que no están usando para tal propósito?

Es cierto que en la vida real sucesos como el relatado aquí poseen una probabilidad baja de ocurrencia. Después de todo, más bien corresponden a un capricho humano, tal como aconteció con mi alumno en el seminario, quien por alguna razón no aceptaba seguir la corriente normal y se rebelaba contra ello. Descalificaba el contenido del vocablo dado por los físicos y pretendía imponer su propia versión. Este puede ser un caso extremo. En mis 35 o más años actuando como profesor, no recuerdo que me haya sucedido un caso semejante. Como insinuaba anteriormente, se puede desprender que el contenido de una palabra se constituye en un acuerdo tácito que los miembros de una comunidad suscriben. En nuestro caso, ese estudiante simplemente rompía el acuerdo establecido.

Sin embargo, sucesos como ese ocurren y pueden observarse fácilmente

cuando nos encontramos en cualquier otro país latinoamericano de habla castellana. Estando en Colombia en una reunión con académicos universitarios, a eso de las diez de la mañana, uno de ellos me ofreció un "tinto". Me impactó tal invitación, por el hecho de comenzar a beber alcohol a esa hora tan temprana del día.

3. LAS PALABRAS CAMBIAN CON EL TIEMPO

Los cambios de contenido de las palabras también se manifiestan de una manera más natural a medida que transcurre el tiempo. Ello no debería ser una novedad en un mundo en que el cambio parece ser la constante y, por lo tanto, no es de extrañar que tal fenómeno también se manifieste en el idioma. Así, por ejemplo, observemos el caso de la palabra idiota. Inicialmente, para los griegos, la palabra idiota denotaba a un hombre apartado de los negocios y que llevaba una vida propia y particular. De esta forma se decía que Diógenes fue el gran idiota de su siglo. Posteriormente, y ya formando parte del idioma castellano, la palabra idiota definía a un individuo rústico. En la actualidad, este término se refiere a un hombre muy ignorante.

De tal modificación de ese vocablo en el transcurso del tiempo se puede observar un hecho interesante. Sin duda que Diógenes, en su tiempo, estableció una forma muy particular de vida alejada de las convenciones de la época. Vivía en un tonel, sin más vestido que una capa, ni más muebles que un palo, un saco y una escudilla, la cual abandonó después de ver a un niño tomando agua con el hueco de su mano. Hoy en día sería totalmente injusto referirnos a él como el más ignorante de su época. Tal calificativo contrastaría profundamente con la posición que tenía ese hombre en su época y el reconocimiento de que fue objeto. Se dice que un día lo visitó en su tonel Alejandro Magno. Cuando el Gran Rey le preguntó qué podía hacer por él, Diógenes le contestó: "apártate a un lado para no privarme del sol". Posteriormente, Alejandro señaló: "Si yo no fuera Alejandro, querría ser Diógenes". Sin embargo, para aquel que desconoce quién fue Diógenes, sin duda que no vacilaría en tratarlo como a un idiota, pero en su versión actual.

El cambio es una característica propia de un lenguaje vivo, a diferencia de un idioma muerto, como lo es el latín y el griego de la época de Pericles. En el

caso de un idioma vivo, este se mantiene a través del tiempo y continúa en uso dentro de una comunidad que se renueva con el paso de los años al igual que su lengua, que sin duda sufre modificaciones con ese transcurrir; así, algunos de sus vocablos caen en desuso y desaparecen, pero también se agregan nuevas voces inventadas por sus hablantes, u otras que son importadas desde otros lenguajes y, también, como aquí ya observamos y producto de todo lo anterior, las palabras experimentan además modificaciones a veces drásticas en su contenido. Cuando uno lee una obra de un escritor español publicada hace seiscientos o setecientos años, como el *Mío Cid Campeador*, puede observar de manera concreta la ocurrencia de estos cambios.

Creo que es importante tener claro que cuando hablamos de los cambios que experimenta el lenguaje, y que se pueden observar de manera muy objetiva, ello es una consecuencia directa de las acciones que toman los miembros de la sociedad que hablan ese idioma. Son ellos quienes modifican el sentido de las palabras, quienes inventan nuevos conceptos y quienes introducen vocablos propios de otras lenguas. Son ellos quienes

modifican el idioma, ya sea para mejorarlo o desmejorarlo. Así como el latín cambió a raíz de la invasión de los bárbaros, de la misma forma los integrantes de otras comunidades también variaron sus propias lenguas. Actualmente este hecho lingüístico lo podemos observar en la presencia en nuestro idioma de muchos anglicismos, como mall, rentar, chequear, y tantos otros.

Así, los cambios que experimenta el idioma no sólo son inevitables sino que, además, necesarios. Sin embargo, en la medida en que ellos se han introducido de una manera gradual y han tenido lugar a través de grandes lapsos, los problemas que ellos pudieran haber presentado para la comunicación entre los miembros de esas sociedades fueron bastante menores. ¿A quién se le ocurriría hoy día utilizar las palabras que aparecen en el *Mío Cid* para comunicarse con su vecino? Y no me refiero con esto a lo que sucede en la actualidad, sino cien o doscientos años atrás.

La gradualidad del cambio permite la adaptación de los miembros de la comunidad a las innovaciones que sufre el idioma. Como consecuencia de esto, ellos incorporan esas palabras

con cierta facilidad. Sin embargo, cuando esos cambios se aceleran, es decir, cuando el espacio de tiempo que transcurre entre ellos comienza a reducirse a diez años, y quizás a un tiempo menor, como sucede en la actualidad, entonces sí que aparecen problemas más serios para la comunicación.

Tal fenómeno se puede percibir cuando en una comunidad con un idioma en común comienzan a aparecer nuevas palabras, cambios en su contenido, que afectan las comunicaciones entre sus miembros. Como consecuencia de ello, comienzan a surgir subidiomas, como dialectos o el coa, los que son utilizados por diversos grupos de la sociedad, de acuerdo, por ejemplo, a la edad de sus habitantes. Los niños hablan de la "papa", los jóvenes de "carrete", los adultos de "picadas" y, probablemente, los más ancianos aún se refieren a las fiestas o a los "saraos". La existencia de tales códigos sin duda que dificulta la comunicación entre ellos. Esta diversidad de la lengua obliga a que los padres deban aprender el idioma de los niños y a utilizarlo con ellos. Así, y de una manera quizás inconsciente, los padres incorporan las nuevas variantes a su idioma y de esta

forma el lenguaje del niño se valida y se legaliza. Cuando eso no sucede, la comunicación entre los padres y los hijos se dificulta, al extremo de llegar a identificarse esta situación como la incomunicación generacional.

4. LOS CAMBIOS DEL SENTIDO DE LAS PALABRAS

Cuando se incorporan al idioma nuevas palabras, se producen problemas cuya resolución puede no presentar grandes dificultades. Por ejemplo, existe en el idioma inglés el verbo *to recur*, que significa "repetirse". Esta palabra que no existe en el idioma castellano, se ha incorporado a este con tal sentido mediante el vocablo "recursividad", y así ha sido aceptada. Diferente es el caso cuando se incorporan palabras de otros idiomas, pero que ya existen en el idioma local, como por ejemplo la palabra rentar, que proviene del inglés *to rent*, en circunstancias que existe la palabra castellana arrendar. Otro caso es cuando se cambia el sentido de las palabras que ya son conocidas y aceptadas por los usuarios del idioma.

Cuando discuto acerca de la conducta de un administrador, normalmente

señalo que este debe actuar de una manera coercitiva frente a sus subordinados. Habitualmente, esta declaración sorprende a mis estudiantes, sean estos jóvenes o adultos, reaccionando con manifestaciones de abierto rechazo. En algunos casos, como si mis expresiones utilizadas correspondieran a un insulto. Tal extremo ocurre por el hecho de que el contenido que le asigno a esa palabra es bastante diferente al que ellos le conceden.

A modo de ejemplo de lo señalado hasta aquí, puede ser interesante rastrear el cambio que se ha producido en el significado de aquella palabra. Siendo una voz propia de nuestro idioma castellano, remontémonos a sus orígenes: proviene del latín y con ella se aludía al acto de coercer, que significaba ceñir, contener, refrenar. Esa palabra latina fue incorporada al idioma castellano y, como tal, su interpretación señalaba lo mismo, pero se le agregó la idea de coartar y de oprimir. Sin embargo, para los romanos coartar y oprimir no eran lo mismo que coercer. En efecto, coartar significaba estrechar, y oprimir correspondía a sujetar con violencia. Creo que estos dos agregados hispánicos han conducido a que, en la actualidad, coerción haya adquirido el significado de refrenar la conducta

de una persona utilizando la violencia y el castigo, en otras palabras, el látigo. De esta forma, ha adquirido un carácter peyorativo, es decir, ha sido empeorado el significado original del término. Por ello, no debería extrañar la reacción de esos estudiantes. Yo utilizaba el término de los latinos y ellos lo traducían de acuerdo al castellano moderno. Esta decodificación diferente del término nos indica que nos encontramos ante un vocablo que fue neutro, pero que, a través del tiempo, se le ha conferido un sentido negativo que no contenía la palabra latina original. Para los romanos coercer significaba acciones de contención, y un refreno podía ser suficiente a fin de que una persona lograra que otra desarrollara una conducta particular, cuando consideraba que era necesario para ella o para el sistema del cual formaba parte. Cuando la coerción no era suficiente, entonces debían coartarla y oprimirla. En concreto, la palabra coerción, a pesar de su cambio de contenido, no ha desaparecido del lenguaje. Por el contrario sigue utilizándose de manera habitual, aunque ha dejado de significar lo que los romanos pretendían decir con ella.

Los padres y los profesores actúan de manera coercitiva, es decir, buscan

restringir el comportamiento de sus hijos y de sus alumnos, y ello no sólo cuando estos incurren en conductas inadecuadas sino que, también, cuando desean que ellos adquieran un determinado comportamiento en ciertas circunstancias particulares. Como, por ejemplo, cuando llegan de visita a un hogar: que saluden a los miembros de esa familia. Una evidencia de la reducción del sentido de este término a sólo su sentido negativo que hoy día lo caracteriza, se encuentra en el comentario que me han planteado algunos estudiantes en las discusiones señaladas anteriormente. En efecto, me han señalado que conocen padres que no castigan sino que premian al niño cuando estos modifican su comportamiento.

Sin embargo, en su acepción original, la palabra coerción nada dice de castigar o premiar. Señala sólo el sentido de tal acción, pero no indica la táctica empleada para lograr su éxito. Entonces, si hoy día la relacionamos con un castigo, surge la pregunta, ¿cómo podemos denominar a aquel que coacciona utilizando un premio para conseguirlo? Es posible que esa palabra exista, pero yo la desconozco. Si no existe, creo que hemos causado un daño a nuestro lenguaje.

Es así como el lenguaje vivo se va transformando y, de esta forma, evoluciona. No obstante, ¿es posible considerar que basta que se produzcan cambios para calificarlos de inmediato como una evolución? A mi juicio, la evolución significa algo más. Con esa expresión lo que deseamos indicar, ya sea en relación con un organismo, una organización o una idea, es que el objeto que evoluciona va mejorando en el tiempo, aumentando así su capacidad de permanencia o viabilidad. Eso es lo que sucede con el caballo, las organizaciones y con la teoría de la gravedad. ¿Pero qué sucede cuando los cambios que experimenta el objeto producen en él un desmejoramiento? En esos casos debemos hablar entonces de una involución, de contracción, de pérdida, porque estamos asistiendo a un fenómeno que es lo opuesto a la evolución.

Dadas estas dos formas de cambios que puede sufrir un objeto, uno positivo, evolutivo, y otro negativo, involutivo, ¿en cuál de ellas podemos ubicar los cambios en el idioma? Utilizando apropiadamente el término, es posible concluir que existe evolución cuando le vamos incorporando nuevas palabras que expresan ideas nuevas y que, por ello, no existían en él. Sin duda que a

través de este proceso el idioma, como medio de comunicación, experimenta mejoras. Lo que hacemos es agregar a la lengua vocablos que contienen los conocimientos que van apareciendo en las diferentes áreas del saber y del actuar que crea o descubre el hombre. Como ejemplo de ello podemos observar vocablos tales como epistemología, ontología, etología, genes y quarks; malls, lasañas y taxis.

Por otra parte, también se produce un proceso que podemos denominar como de "limpieza" del lenguaje, ya que paulatinamente se van eliminando aquellas voces que, por su uso cada vez más infrecuente, han quedado ya obsoletas. En el caso de la lengua castellana, el *Diccionario Etimológico Barcia*, en su edición del año 1879 señalaba ya un buen número de palabras denominadas como "antiguas" que, a la fecha de su edición, aparecían entonces como verdaderas piezas de museo. A través de una simple selección al azar podemos mencionar palabras como luco (bosque o selva de árboles cerrados y espesos), marmesor (albacea), odir (oír), olvidoso (olvidadizo), orbedad (orfandad), etc.

Pero frente a estos procesos, los cuales pueden considerarse como cambios

verdaderamente evolutivos, también se suceden, en forma paralela, otros cambios que ya no poseen las características propias de una evolución. Por el contrario, como consecuencias de su uso, tienden a desmejorar el lenguaje y, por lo tanto, corresponden más bien a un proceso de involución. En otras palabras, amortiguan o disminuyen los efectos causados por los procesos evolutivos que puede haber adquirido.

Como ya hemos señalado a lo largo de estas reflexiones, existen palabras del idioma que continúan siendo utilizados por las personas que lo hablan, pero cuyo significado original ha sido modificado, en algunos casos de manera drástica, al transformar un contenido neutro en uno negativo, otorgándole así un carácter peyorativo, es decir, desmejorándolo. De paso, este último vocablo es una derivación de *eyor*, antigua palabra del castellano que significa peor. (Curiosamente, en este caso ya ha desaparecido el concepto original, pero ha permanecido un derivado de este). Tal es el caso que hemos señalado acerca de la palabra coerción. Lo mismo ha sucedido con la palabra democracia. Inicialmente, esta significaba una forma particular de gobierno, con determinadas

características, pero en la actualidad para muchos se ha transformado en un ideal y, mas aun, en un objeto de culto.

Todos estos cambios sucedidos con estos vocablos cuando son incorporados en los mensajes no mejoran la comunicación. Por el contrario, la dificultan, lo que conduce, en estos casos, a una pérdida de eficiencia de este proceso. En algunas de mis clases he criticado ciertos aspectos de la democracia y, por ello, más de algunos de mis estudiantes me pueden haber considerado como un antidemócrata. Y sabemos que, en la actualidad, en ningún caso ese adjetivo puede ser considerado como una alabanza hacia quien va dirigido tal apelativo.

Existe una tendencia a reemplazar palabras bien definidas en el idioma, y que siguen estando muy vigentes, por otras más generales y, por ello, más ambiguas, o lo que es lo mismo, menos precisas. Este es el caso del vocablo *carrete*. Hasta donde entiendo su significado, quiere decir algo así como "salir de parranda", es decir, salir a pasarlo bien, todo ello sin especificar qué es ese algo con que o dónde lo vamos a pasar bien. ¿Tienen idea clara los padres qué es en concreto lo

que pretenden hacer sus hijos? ¿Consiste ese *carrete* en ir a una fiesta, a una comida, a reunirse con un grupo de amigos en un restaurante, o en una determinada esquina o a pasear por una plaza?

5. ¿INVOLUCIONA NUESTRO LENGUAJE?

En verdad, *carrete* puede significar todas las anteriores y, probablemente, muchas cosas más. Por ello, desde el punto de vista comunicacional, es una palabra bastante pobre debido a su indefinición. Si definimos la información como una reducción de la incertidumbre en una determinada materia, entonces en el caso de los padres esa palabra es poca la incertidumbre que les reduce. Tal pobreza de contenido los puede obligar a inquirir más sobre el tema, lo que los conduce a un proceso de comunicación generalmente más extenso y más complicado.

Si estamos de acuerdo en que el desarrollo del lenguaje a través del tiempo es impulsado por dos fuerzas, una evolutiva y la otra involutiva, actuando en sentido contrario (una lo mejora y la otra lo empeora), debemos concluir que el estado del idioma será la resultante de estas dos fuerzas contrarias.

Sin duda que, desde el punto de vista de la totalidad, esta avanzará o retrocederá, es decir, evolucionará o involucionará de acuerdo con esa resultante. De esta forma, si uno decide saber si el idioma avanza o retrocede, la pregunta que debe hacerse es ¿cuál de ellas predomina?

Podemos observar que en relación con el idioma que se habla en una comunidad, existe un lenguaje oficial, el cual se encuentra registrado de una forma concreta (como es el caso de la Academia de la Lengua, en el caso del castellano). Pero también esa comunidad posee un idioma particular, propio de los miembros de esa comunidad. En el caso recién señalado, fiesta o sarao corresponden a la lengua oficial, el castellano, mientras que carrete es un término propio del lenguaje particular de un individuo o un grupo etéreo, es decir, cercano al argot o a la jerga.

En todas las comunidades, ambos códigos conviven bastante bien. Generalmente el lenguaje oficial se extiende a toda la sociedad y el lenguaje particular sólo se utiliza entre los miembros en el ámbito propio de un grupo determinado. Sin embargo, tengo la impresión de que en esa convivencia,

el más desvalido es el lenguaje oficial, ya que el lenguaje particular no sólo se encuentra en pleno crecimiento sino que, además, invade los campos del lenguaje oficial. Como ambos son competitivos, la consecuencia significa necesariamente que lo que uno gana el otro lo pierde.

Si esto es así, y si caracterizamos a uno, el oficial, como evolucionario, y al segundo, como involucionario, debemos concluir que nuestro idioma castellano se empeora y es reemplazado por el idioma local. Como consecuencia de esto, nuestras comunicaciones progresivamente se tornan cada vez más complicadas y, además, en muchos casos, nuestros mensajes serán codificados utilizando ese idioma particular. En otras palabras, todo ello alterará el contenido de las palabras y dificultará el desarrollo de las comunicaciones.

Esta problemática ya es posible detectarla si uno observa en nuestro país su aparición en los medios de comunicación masivos, como la televisión, la prensa y la radio, en las comunicaciones entre niños y jóvenes y, también, entre adultos. Si uno proyecta esta tendencia hacia el futuro podría concluir que el castellano pasará a jugar

el papel de un idioma muerto y el que sobrevivirá vigorosamente será el idioma local y popular. Ello significará que la comunicación entre los miembros de distintas comunidades será más complicada, porque para entenderse deberán recurrir a una lengua ya muerta que sólo algunos dominarán.

Una de las características de ese lenguaje local es que tiende a construirse utilizando palabras relativamente ambiguas, las que pretenden abarcar varios conceptos a la vez. Es la idea de carrete que antes comentábamos. Lo mismo sucede con el uso de los insultos y las insolencias, que hasta hace no mucho eran abiertamente peyorativos. Hoy día se utilizan para denigrar, pero también se usan como términos cariñosos o, simplemente, como una forma de referirse a personas, dándole así un carácter aparente neutro.

Pero si un mismo término se utiliza para expresar varios conceptos diferentes, trae como consecuencia inmediata una disminución de las palabras que ese idioma comprende. Si la palabra carrete se usa para referirse a cualquiera forma de pasarlo bien, entonces los vocablos fiesta, paseo, comida, reunión y otras quedan en

desuso, tal como señalábamos anteriormente cuando distinguíamos el lenguaje del idioma. Decíamos entonces que las características de un buen lenguaje era la pureza, la propiedad y la elegancia, y las del idioma eran la exactitud, la precisión, la riqueza y, también, la elegancia. Ambos han perdido en la actualidad la pureza, la exactitud, la precisión y la elegancia, lo que significa que el castellano que hablamos hoy día se hace cada vez más pobre.

Este hecho puede graficarse con el reducido número de palabras que domina hoy en día una persona promedio. Tengo entendido que para una gran cantidad de personas de nuestro país esa cifra en promedio no es superior a las quinientas palabras, lo cual sin duda refleja una cantidad decadente. Esta pobreza del vocabulario conduce a los habitantes de esta comunidad a una posición bastante desventajosa en cuanto a sus capacidades de comunicación, ya sea tanto como comunicadores y, más aún, cuando actúan como receptores de esa comunicación.

Existen varias causas que originan y alimentan el desarrollo de este fenómeno. Una de ellas puede encontrarse

en el decrecimiento importante de la frecuencia de la comunicación escrita. Me refiero al libro y la prensa, medios que son reemplazados por comunicaciones orales, ya sea como los programas televisivos o las conversaciones con amigos. Ninguno de estos últimos se caracterizan por la calidad del lenguaje que emplean, los que se desarrollan de manera importante dentro del contexto del idioma particular, esa jerga que señalábamos más arriba. A su vez, la pobreza de este idioma que desarrolla el niño o el joven se ve reforzada por un idioma similar que puede ser empleado al interior de su hogar y entre su amigos en la escuela.

6. EL VALOR DEL LENGUAJE MÁS ALLÁ DE LA COMUNICACIÓN

Hasta aquí, hemos discutido el papel que juega el lenguaje en los procesos de comunicación que desarrolla una persona, y a su vez, el carácter de instrumento fundamental para poder convivir e interactuar con la comunidad a la cual pertenece. El hombre es un ser esencialmente social, tanto por deseo como por necesidad. Esto último surge del hecho de que siempre para hacer lo que quiere depende de otros y, a la vez, otros dependen de

él. En concreto, vive formando parte de una red de interdependencia con los miembros de su comunidad. De esta forma, su capacidad para comunicarse pasa a ocupar un papel central para su desarrollo tanto personal y como miembro de esa sociedad.

Sin embargo, esta no es la única función del lenguaje. Porque si bien él nos permite expresar a los demás nuestras ideas, nuestros intereses, nuestras preocupaciones y nuestras peticiones, el lenguaje también nos permite conversar con nosotros mismos. Y es precisamente eso lo que hacemos cuando pensamos. Pensar es comunicarse con uno mismo. Es preguntarse y responderse, dialogar con mi yo interior, y las palabras que empleo para ello se transforman en voces interiores.

¿Pero, cómo pensamos? Debido a que no soy un experto en esta materia, difícilmente estoy en condiciones adecuadas para establecer conclusiones y generalizaciones válidas. Sin embargo, sí puedo intentar explicar cómo yo pienso. Como me considero una persona normal, puedo suponer que no me constituyo, para estos efectos, en un ser excéntrico. Cuando pienso lo hago sobre un suceso o un hecho concreto, y para tal operación

pongo en juego la información que poseo, la que se encuentra en mi biblioteca interna, en mi memoria. Trato de tener claro el tema central con el propósito de cruzarlo con la información que extraigo de esa biblioteca. Busco razones, pruebo inconsistencias aparentes, estudio otros hechos que supongo que son atingentes. Hago todo ello hasta llegar a una conclusión. En otras palabras, hago uso de mi conocimiento y, de paso, así lo incremento.

En estos instantes, lo que aquí escribo es el producto de las ideas que me he forjado acerca del tema que aquí presento. Pero si observo concretamente la forma en que he construido las ideas que expongo, me doy cuenta que ellas resultan de un proceso de preguntas y respuestas que realizo mentalmente. Y son esos resultados los que me dicto para escribirlos en un papel. Pero lo interesante del caso es que el lenguaje que utilizo tanto en ese diálogo como para el dictado es el idioma castellano. En otras palabras, en esa conversación estoy utilizando sus palabras con todo su contenido y su riqueza conceptual.

Esta conclusión no sólo se basa en este hecho que presento sino que,

además, se encuentra reforzado por algunas experiencias sucedidas con anterioridad. Cuando estudiaba en Estados Unidos, mis conocimientos del idioma inglés eran deficientes. A veces me preguntaba (pensaba) cuándo podría afirmar que ya lo dominaba. Recuerdo que alguien, contestando a esta pregunta, me señaló que eso sucedería cuando pensara y soñara en inglés. ¿Pero por qué no podía pensar en inglés? Simplemente, porque seguía haciéndolo en castellano, ya que era ese idioma el que me entregaba el vocabulario adecuado y necesario para hacerlo con relativa facilidad.

Sin embargo, cuando ya llevaba viviendo un par de años en ese país, me sucedió un hecho curioso. Debía someterme a un control escrito en un curso particular. El profesor que lo impartía, y que había vivido algún tiempo en Chile, se acercó a mí y me señaló que podía escribir las respuestas en castellano, lo cual en ese momento me agradó. No obstante, al tratar de redactar las respuestas de manera coherente, me di cuenta de que tenía dificultades para pensar en castellano y, por este motivo, decidí utilizar el inglés. Tal curiosidad podía suceder por leer libros en inglés, por asistir a clases dictadas en este idioma, por

haber discutido con mis compañeros utilizando esa lengua. Aparentemente, al menos en esas materias, me era más fácil expresar esas ideas en dicho idioma, ya que para ello mi inglés era superior a mi castellano. Frente a este panorama es posible desprender que la riqueza del pensamiento debe ser proporcional a la riqueza del idioma que empleamos.

Si pensamos acerca del ejercicio de pensar, podemos descubrir que las materias sobre las cuales podemos ejercerlo prácticamente no poseen restricciones. Podemos hacerlo en torno a hechos reales o irreales. En relación con sucesos del pasado, del presente y del futuro. Nada nos impide cambiar la historia, como lo hacemos cuando divagamos acerca de qué habría sucedido si Julio Cesar no hubiera ido al Senado el día en que lo asesinaron. También podemos caminar por la superficie de Marte o llegar al centro de la Tierra, como lo hizo Julio Verne. Por todo ello, el campo del pensamiento parece ser infinito.

Sin embargo, a pesar de su dilatada extensión, también tiene limitaciones. De hecho, es imposible pensar sobre aquello que no conocemos, porque de ello no tenemos idea alguna. En

este sentido, sucede algo similar a nuestros sueños. Cuando soñamos con una persona determinada y que hace años que no la vemos, la imagen que aparece en el sueño corresponde al recuerdo que de ella tenemos. Si la conocimos cuando niña, así aparecerá, aunque sepamos que ya no es una niña. En el mismo sentido, una persona que toda su vida ha vivido encerrada en una caverna sin salir jamás de ella, nunca soñará que se encuentra en medio de un bosque cruzado por un río y frente a montañas imponentes. Para ella todo eso no existe y, por lo tanto, no podrá pensar en algo que se relacione con ese mundo exterior que desconoce.

En síntesis, pensamos de acuerdo con los conceptos que conocemos, conforme a aquello que sabemos y que se encuentra ya grabado en nuestra memoria. Un concepto es una idea que representa la concepción de alguna cosa, representa lo "que es" sin enunciar nada sobre ello, es decir, es neutro. El concepto tiene su expresión gramatical en un término, es decir, en una palabra. De esta forma, se encuentran contenidos en nuestro lenguaje. La palabra mesa representa al concepto que tenemos sobre un objeto utilizado para diferentes propósitos como

comer, escribir, jugar, etc. Lo mismo sucede con un libro, Julio Verne y Julio César, con cielo y con infierno, etc.

En este sentido, mientras más conceptos dominemos, mientras más palabras compongan nuestro lenguaje, mayores serán los conceptos que poseeremos y, por ello, mayor será la extensión que puede abarcar nuestro pensamiento. En los primeros años de vida de un niño, el mundo sobre el cual piensa es bastante estrecho. Sin embargo, a medida que crece, ese mundo se va extendiendo, como resultado de los nuevos conocimientos que incorpora a su acervo intelectual bajo la forma de conceptos, es decir, palabras.

La forma que toma el pensamiento es vasta. Estamos pensando cuando imaginamos, cuando consideramos algo, cuando discurremos, cuando reflexionamos, cuando examinamos algo con cuidado, cuando hacemos juicios, cuando meditamos, etc. En esta lista de formas de pensar, cada una de estas posee un significado especial. Así, pensar es simplemente poner en juego nuestras facultades mentales. En cambio, considerar es pensar con detenimiento y reflexionar también es pensar, pero considerando atentamente

todas las ideas cuyo conjunto interesa. Meditar es emplear y utilizar la imaginación. Así, para pensar se requiere un objeto: para considerar debe existir un interés; para reflexionar, nuestra capacidad crítica; para meditar, nuestra capacidad de imaginar.

Como se puede ver, en el acto de pensar actúan una serie de elementos que son propios de la persona. Desde luego, cada uno pone en uso su inteligencia, su capacidad crítica, su lógica, su capacidad de razonar y de entender y, sobre todo, su curiosidad. En otras palabras, la calidad de nuestros pensamientos se encuentra en función de todas esas capacidades que hemos desarrollado a través del tiempo y que subyacen en nuestro interior. En este sentido, nuestra manera de pensar y los resultados de ese pensar pueden considerarse como el espejo de la potencia de esas facultades.

Entonces, ¿cuál es la importancia del lenguaje en el pensar? Ya lo hemos bosquejado más arriba y ahora lo podemos establecer claramente: nuestra capacidad para pensar se encuentra directamente relacionada con el lenguaje que poseemos. Roque Barcia, en su *Diccionario Etimológico*, coloca

en el comienzo de su obra, una frase que llama la atención. En ella señala: "Quien da lo que piensa, da lo que habla". De tal afirmación se desprende que hablamos lo que pensamos, y ello lo expresamos a través de las palabras. Pero estas no sólo participan en la exposición de los pensamientos, sino que en la elaboración de estos. Con palabras construimos nuestras ideas y, también, con ellas las expresamos. En este sentido, podríamos hablar de palabras hacia el interior del ser y palabras hacia el exterior de este.

A las primeras, podemos denominarlas como voces, y a las segundas, como palabras. De esta forma, las palabras serían conceptos que se manifiestan materialmente a través de los sonidos o de la escritura. Las voces corresponderían al mismo concepto, pero sin sonido, y de esta forma constituyen un signo abstracto que se encuentra alojado en nuestro interior. Cuando pienso acerca de una mesa, realizo tal operación mental mediante el uso de voces, y cuando expongo lo que pienso de esa mesa, lo hago a través de las palabras.

Cuando leo las páginas de un libro estoy introduciendo en mi mente las

voces que en él existen, acompañadas por las imágenes que ellas me despiertan. Aunque las palabras que expreso se las puede llevar el viento, las voces permanecen en mi interior. De esta forma, a través de nuestro pensamiento producimos voces, y cuando las expresamos o las comunicamos a otros, ellas se transforman en palabras. Pero ya señalábamos que las palabras son los signos de un lenguaje, y lo mismo sucede con las voces. De esta forma, podríamos concluir que en la construcción de las voces también estamos utilizando los signos del lenguaje. Un mudo no se expresa utilizando palabras, pero construye, a través de su pensamiento, sus voces a través de los conceptos contenidos en las palabras que conoce. Son estos conceptos los que comunica utilizando otros medios de comunicación: la escritura, mímica, señales, u otros. Pero una persona normal que no es capaz de construir voces, no tiene nada que comunicar, porque no es capaz de pensar.

Todo esto significa que la riqueza del lenguaje que posee un individuo le permite mostrar, conforme a ello, un pensamiento también rico. En este sentido, es algo semejante a un tallador en maderas. Suponiendo que dos talladores posean capacidades

semejantes, aquel que posea un mayor número de instrumentos para expresar su idea en la obra que ejecuta, ese será el que logre el mejor resultado.

Cuando hablamos del pensamiento aludimos a un elemento que juega un papel clave en nuestra vida. Es a través de él que creamos, empleando nuestra imaginación; estudiamos a través de nuestro razonamiento; decidimos, es decir, juzgamos a través de nuestros juicios. Creo que es perfectamente posible establecer una cadena que se origina en el lenguaje y, repasándola, terminamos construyendo lo que somos como personas.

Cuando intentamos definir a una persona nos basamos preponderantemente en lo que ella hace, porque son sus frutos los que mejor hablan de ella. Por ello, debemos estar conscientes que, para nosotros y para aquellos que nos rodean, somos lo que hacemos y es este hacer el que nos identifica. Pero lo que hacemos es la resultante, en buena medida, de lo que pensamos, porque de esto último es de donde surge la acción. A su vez, el pensamiento depende del lenguaje, de las voces que habitan en nuestro interior y se acumulan en

nuestra memoria. En concreto, del vocabulario de palabras o abstracciones mentales que conocemos. De todo esto podría concluirse que las obras por las cuales alguien puede destacar como individuo necesariamente son producidas en función de la riqueza del vocabulario de ese autor.

Shakespeare sin duda fue uno de los más grandes escritores, al menos para el mundo occidental. Escribió comedias y dramas. Se refirió a personajes históricos y también construyó personajes propios. Trató del amor, de los celos, de la incertidumbre, del odio y de la avaricia. Su obra le procuró la fama que sigue teniendo. Pero para llegar a ese resultado tuvo que haber vivido y sentido lo que relataba y, a su vez, tuvo que él mismo crearla a través de su fértil pensamiento; ahí participaron sus conocimientos, sus experiencias y, sobre todo, su imaginación. En concreto, todo ello pudo ser posible gracias al uso brillante de sus abstracciones conceptuales, su lenguaje.

Se ha señalado que si le entregamos a un chimpancé una máquina de escribir y le permitimos que juegue con ella oprimiendo sus teclas, y si este vive una vida muy larga (unos diez millones de años) entreteniéndose con

ese juguete, entonces existe alguna probabilidad (sumamente baja) que pudiera escribir el *Hamlet*. Shakespeare escribió esa obra y cincuenta más durante el plazo de cincuenta años. La gran diferencia con el mono radica en la capacidad de pensar que posee el hombre y, en nuestro caso particular, en la potencia del pensamiento de este escritor, originado a partir de las voces o palabras que disponía.

Como mencionábamos anteriormente, en tiempos en que el hombre dispone de un lenguaje que parece desarrollar un proceso de involución, es decir, que se degrada y se desmejora de manera peligrosa, este estado sin duda que tendrá alguna consecuencia importante en lo que seremos en

el futuro, si aceptamos la conclusión establecida respecto de que somos lo que hacemos y hacemos lo que pensamos. De ello se desprende que, de una forma u otra, tenemos que revertir el proceso de involución de nuestro lenguaje, so pena de que en algún futuro, las obras destacables del hombre sean sólo producto del azar, tal como pudiera suceder con el mono.

En concreto, y como señalaba Schwannitz, "quien no domina perfectamente el lenguaje y no puede expresarse con corrección, es incapaz de pensar correctamente... a quien es incapaz de expresarse correctamente, su propio interior le parece oscuro". En verdad, está incapacitado de percibir la belleza de pensar.

BIBLIOGRAFÍA

BARCIA, ROQUE. *Diccionario general etimológico de la lengua española*. Barcelona: F. Seixi, 1879.

BLECUA PERDICES, JOSÉ MANUEL. *Lingüística y significación*. Barcelona: Salvat, 1979.

SCHWANITZ, DIETRICH. *La cultura: todo lo que hay que saber*. Madrid: Taurus Ediciones, S.A., Grupo Santillana, 2002.

WALTER, BRUGGER. *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Herder, 1988.